



C·IX





Capítulo IX

El pequeño viajero⁹

Seguridad industrial

En una remota ciudad de un universo poco conocido, un experimentado científico desarrollaba una máquina del tiempo. El mencionado objeto de forma ovalada con terminación en punta, descansa firme sobre el suelo gracias a sus soportes inferiores. Charlestone era el nombre de nuestro querido amigo; un padre cariñoso, responsable y que amaba jugar con su pequeño hijo Andrés, un niño de diez años, curioso e hiperactivo.

En una mañana soleada de febrero, el pequeño Andrés hablaba con su padre sobre sus inventos. El que más llamaba su atención era ese aparato, parecido a un huevo con zancas de pato, que guardaban en el laboratorio.

—¿Para qué sirve tu invento, papá? —preguntó Andrés, ansioso por saber más.

—Es una máquina que cambiará la historia de nuestro mundo, hijito —respondió Charlestone.

—¿Por qué lo dices? Explícame más —insistió Andrés.

—Con ella pretendo salvar muchas vidas, pequeño —añadió su padre.

9. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con su proyecto: *Prevención de riesgos laborales en ambientes de trabajo y sus complejidades en las ciencias del trabajo para trabajadores y futuros trabajadores*; código IA2024_CVSSL_PEC_06-87418.

El niño sabía que Charlestone siempre había sentido empatía por los trabajadores; muchos de sus inventos se utilizaban para proteger y resguardar la integridad de las personas. Su lema era: "Nunca está de más, cuidar de los demás". Pero, con esta máquina, ¿cómo lograría salvar vidas? Esta pregunta rondaba constantemente la mente de Andrés, quien observaba, día tras día con atención, lo que hacía su padre y sus avances en esta máquina, ansioso por descubrir cómo lograría su objetivo.

Una mañana, cuando Charlestone salió de casa a buscar unos componentes para su proyecto, el pequeño niño aprovechó la ausencia para colarse en el laboratorio y jugar dentro de la máquina del tiempo. Se sentó en ella, cerró la puerta y oprimió los botones. Y, ¡Oh sorpresa! Sin esperarlo, el objeto comenzó a emitir sonidos como los de una turbina de avión. Humo y luces deslumbrantes la rodearon. El tiempo pareció detenerse a su alrededor.

Andrés fue trasladado a la prehistoria. A través del cristal de la máquina, vio personas físicamente muy diferentes a las que él estaba acostumbrado. Los hombres tenían mucho pelo en la cara y los brazos, mientras que las mujeres llevaban el cabello largo. Ambos se vestían con pieles de animales y no utilizaban zapatos. Trabajaban con herramientas rústicas para cazar, partiendo en trozos los animales y quitándoles las pieles para vestirse y protegerse del clima. El objetivo principal de estas herramientas era la supervivencia y la seguridad.

Pero de repente, y con otro gran estruendo, la máquina voló de nuevo, llevando a nuestro viajero a Mesopotamia, al año 9000 a. C. Allí vio cómo se domesticaban ovejas, cabras y vacas, y se cultivaban el trigo y la cebada. A través del cristal, observó mucha vegetación, animales y personas dedicadas a cosechar alimentos, todo para su propio sustento.

Esta vez, la máquina se detuvo, permitiéndole salir y explorar su entorno. Un niño observó a Andrés con curiosidad por su vestimenta, notablemente diferente a la suya, pero no le dio gran importancia. Se presentó enseguida:



Ilustración: Catalina Aponte Romero

—Hola, me llamo Sam, ¿tú cómo te llamas?

Andrés, asombrado, respondió:

—Hola Sam, mi nombre es Andrés.

Después de un rato conversando, una de las personas que estaban recolectando los alimentos gritó:

—¡Auxilio, auxilio!

Los niños se acercaron rápidamente y vieron una herida en la mano del señor Iker. Ante estos gritos, llegó Elena, quien le dice a su hijo:

—Sam, ve con tu amigo y consigue hojas de cilantro y lavanda para curar al señor Iker.

Andrés y Sam corrieron en busca de las plantas medicinales.

—Los elementos que usamos son un tanto peligrosos, pero facilitan nuestras tareas —comentó Sam.

—Oye, ustedes están muy expuestos a lastimarse, ya que sus herramientas son muy pesadas y afiladas. —dijo Andrés.

En ese momento recordó que su padre, al realizar experimentos, siempre utilizaba guantes, gafas y bata para evitar alguna lesión, elementos a los que llamaba “de protección personal”. Entonces, tuvo una idea y le recomendó al señor Iker hacer unos guantes con pieles de animales que cubrieran sus manos para evitar las heridas. A los pocos días, Andrés, quien había ocultado su máquina en las proximidades de los cultivos, retomó su viaje.

Ahora se acercaba más a su época, pero la incertidumbre de no poder detenerse y seguir viajando en el tiempo lo agobiaba. Sin embargo, estos pen-

samientos que se desvanecieron cuando quedó cautivado por las grandes máquinas que pasaban ante sus ojos: trenes de vapor y carbón, barcos e industrias; los elementos perfectos para una civilización en pleno avance. El destino y su máquina decidieron entonces hacer una nueva parada.

Andrés se encontró en una pequeña ciudad durante la Revolución Industrial, en la que las calles estaban llenas de humo y ruido, y los trabajadores realizaban sus labores en fábricas y talleres. Se acercó a un niño llamado Pedro, quien parecía estar trabajando en una fábrica textil.

El chico hilaba incansablemente en una máquina muy grande, recién llevada a la fábrica. Su mirada triste y su rostro sudoroso conmovieron a Andrés, quien le preguntó:

—¿Por qué trabajas en lugar de jugar con los demás niños?

—Tengo que trabajar para ayudar a mi familia, pero las condiciones de trabajo son peligrosas y poco saludables —le explicó Pedro.

Preocupado por la seguridad del niño, Andrés se interesó en ayudarlo. Utilizando el conocimiento que había adquirido sobre seguridad laboral, le explicó la importancia de protegerse mientras trabajaba, y la necesidad de usar equipo de protección personal, como guantes y gafas, para evitar lesiones o un accidente. También le enseñó sobre la relevancia de tomar descansos y estirar el cuerpo para evitar enfermedades en sus manos, debido a las repetitivas tareas que realizaba. Por último, le habló de la necesidad de revisar cada una de las máquinas de manera preventiva, reducir el ruido, los movimientos de las máquinas, las vibraciones, entre otras cosas.

Sin embargo, Pedro sabía que esto no sería fácil, ya que sus patrones, como debía decirles, no estaban dispuestos a proporcionar protección ni a realizar mantenimientos de ningún tipo. Así que le preguntó a Andrés:

—¿Y qué podemos hacer nosotros como trabajadores? Noto que algunas recomendaciones dependen de mis patrones.

Andrés le respondió:

—Papá me ha dicho que, si nos proporcionan elementos de protección personal, tenemos que usarlos siempre, con responsabilidad. Además, debemos trabajar con precaución y seguir todas las recomendaciones sobre el uso adecuado de herramientas, máquinas y equipos.

Con esta información, Pedro le propuso a Andrés, crear un plan para que sus compañeros de trabajo y él tomaran estas medidas de precaución, y presentaran a sus patrones estas maravillosas ideas, para proteger la salud de todos y se eviten los accidentes en la fábrica.

Con el tiempo, las recomendaciones de Andrés fueron implementadas. Los trabajadores recibieron equipos de protección personal, se instalaron sistemas de ventilación adecuados y se establecieron pausas regulares para descansar y estirar los músculos. Lo más importante fue que, con el tiempo, se promulgó una ley que prohibía el trabajo infantil. Así, la fábrica fue un lugar más seguro y saludable para trabajar.

Nuevamente, Andrés retomó su viaje. Cerró los ojos deseando por fin regresar y, al abrirlos, se dio cuenta de que estaba de nuevo en el laboratorio de su padre. La felicidad lo inundó; salió en busca de Charlestone. Al encontrarlo, lo abrazó con fervor y le prometió que nunca volvería a jugar con sus inventos. Desconcertado por la actitud de su hijo, no entendía qué estaba pasando. Andrés miró un reloj de pared y notó que solo habían pasado 30 minutos desde que inició su viaje por el tiempo. Su asombro es tal, que no puede contarle a su padre la experiencia vivida.

Muy callado, pero recordando todo lo sucedido, Andrés finalmente entendió por qué el invento de su padre podría salvar vidas. Además, quedó convencido de convertirse en defensor de la seguridad laboral, velando por los derechos de adultos y niños, creando entornos laborales más seguros y saludables.

Su grandiosa aventura en la máquina del tiempo le enseñó enseñado que todos tenemos el poder de hacer una diferencia y proteger la salud y el bienestar de los trabajadores.

Tiempo después, terminó el colegio e ingresó a la universidad, donde orientó todos sus esfuerzos a crear leyes que impidieran el trabajo infantil, garantizaran la protección laboral y prohibieran el uso de maquinaria sin tener previo conocimiento.

Andrés se prometió proteger a los seres humanos en el trabajo, no solo físicamente, sino también psicológica y moralmente. Con estudios e investigaciones, logró hacer entender a las personas “que no está de más cuidar de los demás”.



Ilustración: Catalina Aponte Romero